

Las mujeres en el movimiento de Jesús

Una Iglesia sinodal necesita rescatar para la memoria colectiva el papel determinante de las discípulas que hicieron camino con Jesús desde Galilea hasta Jerusalén. Estas mujeres históricas, recordadas fundamentalmente en una serie de listas consignadas en los relatos de la Pascua (a excepción de Lc 8,1-3), escucharon las enseñanzas de Jesús y estarían presentes en sus curaciones y exorcismos. Fueron, además, testigos autorizadas de la pasión, muerte y resurrección del Señor. Sus lamentos, transformados por la experiencia de revelación que se les regaló en la tumba vacía, mientras hacían los rituales de duelo por Jesús, las sitúa en los comienzos de la elaboración y la transmisión oral del kerigma que quedó finalmente escrito en los evangelios.



Elisa Estévez López
Universidad Pontificia
Comillas (Madrid)

Las tres primeras temporadas de una serie de gran éxito, *The Chosen* (Los elegidos), nos van presentando a seguidoras de Jesús entre el grupo que hace camino con él desde Galilea. A algunas las conocemos por los evangelios y otras

han sido recreadas por los guionistas (entre ellos, Dallas Jenkins, director de la serie). Entre ellas destaca María Magdalena, de la que habían salido siete demonios y cuya historia previa de vida y el encuentro vocacional con Jesús se refiere creativamente ("Te he llamado por tu nombre, tú eres mía"). También aparece Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes (Lc 8,1-3), e incluso la misma madre de Jesús. Quiriendo dar vida pro-

blemente a otras que formaron parte del séquito de Jesús ("otras muchas que habían subido con él a Jerusalén", Mc 15,41), la serie introduce con imaginación creativa a Rama (proveniente de Jope y trabajadora en la empresa familiar) y a Tamar (la etíope que está en el grupo que lleva al paralítico a Jesús, descolgándolo por el techo de la casa). Diversidad de mujeres haciendo camino con Jesús y con los Doce. Junto a ellas descubrimos





Discípulas de Jesús: María Magdalena, Tamar y María, madre de Jesús (escena de The Chosen)

a seguidoras que ponen sus casas a disposición del grupo entero, como la madre de los Zebedeos. Otro modo de seguir a Jesús. Ciertamente, los datos evangélicos son tratados con imaginación creativa, pero la trama narrativa permite comprender algo que las investigaciones confirman: hubo mujeres entre los seguidores de Jesús en la tierra de Israel. La escasez de referencias sobre su seguimiento hace apreciar más el esfuerzo de la serie

por visibilizarlas y resaltar su contribución al movimiento de Jesús.

En este tiempo, en plena celebración del Sínodo "Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión", reflexionar sobre la participación de las mujeres en el seguimiento del Jesús histórico y el significado que los evangelios atribuyen a su discipulado y testimonio refuerza la invitación a caminar juntos y a visualizarse como pueblo de Dios peregrino y misionero.

MUJERES QUE HICIERON CAMINO CON JESÚS DESDE GALILEA A JERUSALÉN (Mc 15,41)

La única referencia de la que dependen las demás para acreditar la inclusión de mujeres concretas en el seguimiento de Jesús desde la primera hora es Mc 15,40-41 // Mt 27,55-56; Lc 23,49.55 hace alusión a ellas en genérico. También se registran algunos nombres en Lc 8,1-3, pero este pasaje requiere

un tratamiento diferente, ya que refleja el tiempo del evangelista. Aun así, existe un amplio consenso sobre la presencia de mujeres en el movimiento de Jesús desde Galilea a Jerusalén. La escasez de referencias explícitas en el Nuevo Testamento, no obstante, plantea una dificultad: saber con precisión qué papel ejercieron en el grupo de Jesús y qué tipo de discipulado fue el suyo.

Lo primero que llama la atención es que Mc 15,40-41 (y paralelos de Mateo y Lucas) forma parte del relato de la pasión y resurrección de Jesús y que previamente no se ha mencionado a ninguna mujer que le siguiera y sirviera desde Galilea. El texto marcano recoge una lista con tres nombres femeninos y las distingue de otras muchas mujeres, a las que no nombra, las cuales subieron con Jesús a Jerusalén. La relevancia de las nombradas estriba en las acciones que las caracterizan: seguir y servir a Jesús, haciendo camino con él desde Galilea hasta el momento de ser crucificado. María Magdalena, María, la madre de Santiago el menor y de Joset, y Salomé forman un pequeño grupo ("las que...") que puede verse en paralelo con el grupo de tres discípulos que acompañan a Jesús en momentos cruciales de su ministerio (Pedro, Santiago y Juan). Mt 27,55-56 coincide en los dos primeros nombres femeninos con Marcos, pero cambia el tercero (Salomé) por el de la madre de los Zebedeos. Por su parte, Lc 23,49 no nombra a ninguna mujer y simplemente las incluye en un genérico: "Las mujeres que lo habían seguido desde Galilea"; quizá no le parece necesario al haberlas nombrado ya en Lc 8,1-3.

Además de estas dos listas de mujeres presentes en la crucifixión,



Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén, de Barbara Februar

La relevancia de las mujeres nombradas estriba en las acciones que las caracterizan: seguir y servir a Jesús, haciendo camino con él desde Galilea hasta el momento de ser crucificado

los sinópticos consignan otras más en momentos cruciales de la narración de la Pascua: durante la sepultura de Jesús (Mc 15,47 // Mt 27,61), cuando visitan el sepulcro (Mc 16,1 // Mt 28,1 // Lc 24,10) y en el encuentro de revelación donde se les comunica la resurrección del Señor (Mc 16,5-8 // Mt 28,5-10 // Lc 24,10).

Los tres evangelistas concuerdan en el nombre de María Magdalena y en ponerlo en primer lugar, destacando su relevancia. Marcos y Mateo coinciden también en nombrar a María, la madre de Santiago el menor y de Joset. Esta es nombrada con cierta libertad, a veces omitiendo a uno de los hijos (en Marcos) y otras llamándola "la otra

María" (en Mateo). Marcos identifica, además, a Salomé, nombre muy frecuente entre las mujeres de Palestina en el período del Segundo Templo y en el de la Misná. Mateo incluye como tercera en la lista a la madre de los hijos del Zebedeo (se discute si Salomé y la madre de los Zebedeos es la misma, aunque probablemente se trata de dos mujeres distintas). Lucas incluye a su vez en el grupo de Jesús a Susana (cf. Lc 8,3), a la que nombra también en la visita al sepulcro y en la escena de revelación. La otra nombrada es Juana, la mujer de Cusa, administrador de Herodes. No aparece en ningún otro testimonio y no podríamos identificarla como parte del grupo de Jesús en Galilea.

Otra lista más se halla en el evangelio de Juan: junto a la cruz de Jesús había tres o cuatro mujeres (según se interprete el texto joánico): su madre, la hermana de su madre (y) María, la de Clopás, y María Magdalena (Jn 19,25-27). Este evangelista caracteriza además a la madre de Jesús como discípula (la boda de Caná de Galilea). Entre las seguidoras de Jesús podría incluirse también a María, mujer de Clopás, aunque no se explicita que lo fuera. No obstante, su posible vinculación con Cleofás, nombre griego de Clopás, discípulo de Jesús y uno de los que encuentra Jesús resucitado en el camino de vuelta de Jerusalén a Emaús (Lc 24,18), podría ser indicativo de ello.

Las divergencias, dentro de una gran estabilidad, en el recuerdo de qué mujeres fueron testigos de cada acontecimiento durante el relato de la pasión y resurrección no pueden explicarse como fruto del descuido o de la fantasía. Antes bien, ilustra el gran cuidado con el que fueron transmitidas las tradiciones recibidas sobre las mujeres testigos en los acontecimientos de la Pascua y que fueron bien conocidas por las comunidades respectivas. Cada evangelista solamente nombró a aquellas mujeres cuyas tradiciones las acreditan como testigos de cada acontecimiento.

¿CUÁL ES LA IMPORTANCIA DE ESTAS LISTAS?

Las listas son un recurso para la memoria y la transmisión, y su importancia es innegable. En ellas, las primeras comunidades *recordaron* a mujeres decisivas para su fe y su identidad y las hicieron presentes en las celebraciones comunitarias y en otros ámbitos. No podían dejar de mencionarlas porque *solo* ellas fueron testigos oculares de acontecimientos extraordinarios como la muerte de Jesús y el lugar donde fue enterrado, que luego pudieron ver cómo estaba vacío. Ellas, junto con los otros discípulos, podían también testificar sobre su resurrección y cómo se les había aparecido. Su testimonio, narrado una y otra vez probablemente por ellas mismas con la profunda significación que tenían los acontecimientos, fue reconocido sin duda con autoridad para garantizar y proteger las tradiciones de desarrollos no auténticos (Richard Bauckham). Además, *fijaron para la memoria colectiva* el orden de importancia y autoridad que estas discípulas tenían para las primeras



El barco, de Julia Stankova



María Magdalena, en *The Chosen*

comunidades cristianas, destacando entre todas ellas la figura de María Magdalena. De ahí que se conserven y transmitan estas listas, como se hicieron con otras de varones (nombres de los Doce o los tres discípulos presentes en la transfiguración de Jesús: Mc 9,2; Mt 17,1; Lc 9,28).

DISCÍPULAS QUE SIGUIERON Y SIRVIERON A JESÚS DESDE LA PRIMERA HORA

Las mujeres recordadas en esas listas, ¿fueron realmente discípulas o su seguimiento pudo quedar circunscrito a tareas de intendencia, proveyendo a las necesidades del grupo? La respuesta no es sencilla, dado que los evangelios se centran sobre todo en los Doce y las noticias sobre ellas son muy escasas.

El tratamiento que reciben en los evangelios es diverso del que se da a los Doce. De ellas no se rememora su llamada –a no ser que consideremos el relato de la suegra de Pedro

en Mateo como un relato vocacional con motivo de curación– ni reciben el título de “discípulas”, aunque las referencias sobre ellas durante la crucifixión informan de su camino discipular. Las mujeres estuvieron con Jesús hasta su travesía pascual, pero no fueron enviadas a predicar, sanar y expulsar demonios, a menos que pudieran estar entre los setenta y dos discípulos según Lc 10,1-20 (grupo diferente de los Doce, ya que su elección se da “de entre ellos [los discípulos]”, Lc 6,13; cf. “una gran multitud de discípulos”, Lc 6,17; 19,37). Lucas refleja una situación posterior al tiempo de Jesús, pero ciertamente la considera plausible también para ese momento; sus oyentes no la considerarían extraña.

SEGUIR Y SERVIR

En el relato de la pasión, Marcos –y paralelos sinópticos– informa de que las mujeres vienen con Jesús desde Galilea y, por tanto, han escuchado sus palabras y visto sus signos. Pero, además, de Ma-

ría Magdalena; María, la madre de Santiago el menor y de Joset; Salomé y la madre de los hijos de Zebedeo, se dice que *seguían* y *servían* a Jesús desde Galilea y habían ido con él hasta Jerusalén, siendo testigos oculares, “desde lejos”, de su crucifixión. Tanto Marcos como Mateo utilizan dos verbos técnicos de seguimiento: “seguir” y “servir”. Los usan en imperfecto, marcando así que el discipulado femenino fue continuado en el tiempo y que no es fruto de la última etapa de la vida de Jesús, lo que se refuerza con el dato de que estaban con él ya en Galilea. Las cuatro mujeres mencionadas son, por tanto, sus seguidoras, al igual que sus discípulos, a quienes se les invitó a seguir a Jesús cuando fueron llamados (por ejemplo, Simón, Andrés, Santiago y Juan: Mc 1,18; Mt 4,20; Leví, Mc 2,13-14).

Una breve explicación sobre estos verbos puede ayudarnos a comprender mejor cuál fue el discipulado de las mujeres.

El verbo *akoloutheô*, “seguir”, supone que los llamados se vinculan estrechamente a Jesús, como señala Marcos cuando Jesús llama a los Doce. Lo hace “para estar con él” (Mc 3,14). Este dato puede aplicarse a las mujeres si atendemos a la noticia de Mc 15,41: “Le habían seguido y servido cuando estaba en Galilea”. Esto se confirma porque Marcos introduce en su narración a otros discípulos distintos de los Doce, que lo son por excelencia. Cuando identifica a la nueva familia de Jesús –el grupo discipular amplio–, dice que son todos aquellos que cumplen la voluntad de Dios y están sentados alrededor de él (cf. Mc 3,20-35). Ellos están “dentro”; por ello, Jesús les explica aparte las parábolas y los misterios

Las mujeres recordadas en esas listas, ¿fueron realmente discípulas o su seguimiento pudo quedar circunscrito a tareas de intendencia, proveyendo a las necesidades del grupo? La respuesta no es sencilla, dado que los evangelios se centran sobre todo en los Doce y las noticias sobre ellas son muy escasas

del Reino (Mc 4,10). Otros muchos indicios hablan en Marcos de un grupo de discipulado más amplio que el de los Doce (personajes menores, como Jairo y la hemorroísa, son así caracterizados; o el primer anuncio de la pasión, con la enseñanza que viene a continuación, dirigido no solo a los Doce, sino a la gente, Mc 8,34).

Sin embargo, el verbo "seguir" implica también una misión: ser enviados "a predicar con poder de expulsar los demonios" (Mc 3,14-15 // Mt 10,1). Esta fue la misión conferida según Marcos solo a los Doce (Mc 6,7-13 // Mt 10,9-14), los cuales realizan lo mismo que Jesús mismo ha hecho previamente (Mc 1,15,21-28,29-30; etc.), y no al resto de los discípulos varones y mujeres. El envío, no obstante, establece un fuerte vínculo entre ellos con un estilo de vida itinerante y las casas/familias que los reciben y acogen. De alguna manera, juntos van creando pequeños núcleos que hacen visible el reino de Dios en las aldeas de Galilea. Para todos, la vinculación discipular transformó sus vidas.

Es más difícil concretar el significado del otro verbo técnico de seguimiento aplicado a las mujeres, *diakoneō*, "servir". En principio, nada justifica que cuando es una acción realizada por ellas tenga un significado diferente. El sentido



Las mujeres en la crucifixión, de Julia Stankova

no puede estar desvinculado del otro verbo, "seguir", ya que ambos caracterizan a las mujeres. Es muy significativo que Marcos enmarque su evangelio con la mención del servicio de las mujeres. En Mc 1,31 es la suegra de Pedro la que sirve a Jesús y a los discípulos que están con él, y en Mc 15,41 son las dos Marías y Salomé, cuyo servicio probablemente está misteriosamente entrelazado con la entrega de la vida de Jesús (Joel Marcus).

En las instrucciones a los Doce después de Cesarea de Filipo y con el horizonte ya de la Pascua –tres anuncios de la pasión–, Jesús les enseña que el seguimiento está estrechamente unido con el servicio (Mc 9,35; 10,44). Por un lado, se subraya la solidaridad intragrupal y el establecimiento de una reciprocidad generalizada entre los miembros de la nueva familia. Da, por tanto, cohesión interna al grupo y evita disensiones internas. Pero el dato más importante para comprender de qué servicio se trata y cuál es su significación es que el modelo de servicio por excelencia es Jesús: "El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (Mc 10,45 y par.). El servicio implica entregar la vida como él. Ahora bien, tal y como vimos previamente, el primer anuncio de la pasión está dirigido al amplio grupo discipular y no solo a los Doce: "Y llamando a la gente con los discípulos, les dijo: 'Quien quiera seguirme, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y me siga. Quien se empeñe en salvar su vida, la perderá; quien la pierda por mí y por la Buena Noticia, la salvará'" (Mc 8,34-35). El servicio, también el de las mujeres, que muy probablemente están incluidas en ese

Cuando Marcos identifica a la nueva familia de Jesús –el grupo discipular amplio–, dice que son todos aquellos que cumplen la voluntad de Dios y están sentados alrededor de él

círculo amplio de discípulos, supone perder la vida para ganarla.

El servicio es, por tanto, una marca de identidad de la comunidad de Jesús, contraviniendo así las creencias y valores del mundo antiguo, cimentadas en las dinámicas de poder, honor y prestigio, muy habituales en los intercambios personales y grupales. De los discípulos, varones y mujeres, se requiere que sean "personas desplazadas", es decir, que vivan de tal manera que acrediten con sus

Jesús en el Sermón, de Michelangelo Grigoletti (1801-1870).
Duomo Nuovo, Brescia, Italia





Jesús en el Sermón de la Montaña, en The Chosen

vidas una forma de entenderse, relacionarse, trabajar, etc., que eran paradójicos y aportaban novedad sustancial al *ethos* del mundo antiguo. Las mujeres que están mirando de lejos la crucifixión de Jesús y de quienes se dice explícitamente que seguían y servían a Jesús desde Galilea son ejemplos de un discipulado con estas características.

Lucas, por su parte, hace memoria de las mujeres en el movimiento de Jesús en Galilea desde las preocupaciones del presente de su comunidad e identifica a las mujeres que estaban con él como benefactoras de su grupo. Las propone como modelos para las mujeres ricas de su comunidad. Las referidas en Lc 8,1,3 reaparecen sin explicitar sus nombres en la crucifixión junto a los conocidos de Jesús (Lc 23,49). Un poco más adelante están en la tumba vacía (Lc 24,8), pero cambian algunos nombres: María Magdalena, Juana y María la de Santiago.

El tercer evangelista no utiliza el verbo "seguir" en Lc 8,1-3 y lo sustituye por la expresión "iban con él", que, no obstante, se utiliza en este caso también para los Doce. Debilita el significado del verbo técnico "seguir" al usarlo con dos preposiciones –*syn* y *kata*–, que tienen más bien el sentido de "ir en compañía de", "acompañar". A pesar de la ambigüedad con que trata a las seguidoras de Jesús, el relato del sepulcro vacío consigna un dato muy importante para recuperar su memoria. El ángel que se les aparece en el sepulcro les pide –a María Magdalena, Juana y María la de Santiago– que recuerden las enseñanzas de Jesús, en concreto, el anuncio que hizo de su muerte y resurrección (Lc 24,6). Y ellas lo "recordaron" (Lc 24,8). En sus palabras está implícita la comunión de vida y de camino que han tenido con Jesús. Lucas atenuará su sentido en el grupo de Jesús,

pero no puede negar la presencia relevante de discípulas durante su ministerio y en la tumba vacía, siendo testigos cualificados en las comunidades de la primera generación, tanto de su ministerio como de su resurrección.

TESTIGOS DE LA MUERTE, DEL LUGAR DE ENTERRAMIENTO Y DE LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

Según Marcos, las mujeres siguieron a Jesús hasta la cruz. Allí estuvieron, "desde lejos" (Mc 15,40 // Mt 27,55), probablemente por miedo (como, por otra parte, los discípulos varones, aunque ellos, según el testimonio marcano, no estuvieron presentes en el Calvario, cf. Mc 15,40). Del miedo se habla ya en el tercer anuncio de la pasión como reacción ante la travesía de la Pascua ("los que le seguían tenían miedo", Mc 10,32). Este dato, junto con el de que iban subiendo (*anabainô*) a Jerusalén (Mc 10,32-33), vincula a las mujeres especialmente con este tercer anuncio de la pasión. En la crucifixión se dice que "otras muchas [...] habían subido [*sy*anabainô] con él [Jesús] a Jerusalén" (Mc 15,41). Aunque se refiere a ese grupo no identificado de mujeres y no a las dos Marías y Salomé, bien puede aplicarse lo mismo a estas. Pero ¿qué importancia tiene este dato? La subida de Jesús a Jerusalén es para entregar la vida y, por tanto, el uso del mismo verbo –junto con Jesús– apunta en la dirección de que compartieron con él su ascenso hasta entregarse como siervo por amor. Como auténticas discípulas suyas, permanecen junto a él hasta la cruz, aunque tengan miedo porque puedan ser asociadas con un criminal condenado. De mane-



La tumba vacía, de Julia Stankova

ra particular, las tres nombradas son testigos de su entrega como siervo, lo que supone que han comprendido el mesianismo de Jesús. Además, las tres están presentes en los acontecimientos siguientes –entierro, visita a la tumba y resurrección–, lo que destaca la calidad de su discipulado como testigos de hechos cruciales para la fe pascual.

Los tres sinópticos son unánimes en adjudicar el testimonio de la ubicación de la sepultura de Jesús a las mujeres (Mc 15,47; Mt 27,61; Lc 23,55), con algunas variaciones en los nombres, como ya hemos indicado. No trasladaron el cuerpo de Jesús –lo hizo José de Arimatea–, pero sí fueron testigos del lugar donde lo sepultaron (Mc 15,46 // Mt 27,61).

Ellas se dirigieron al sepulcro para completar los ritos funerarios pasado el sábado. Descubrieron en-

tonces que la tumba estaba vacía (Mc 16,1-8; Mt 28,1-10; Lc 24,1-11; Jn 20,1-2). Los cuatro evangelistas mencionan a María Magdalena; los sinópticos se refieren también a María la de Santiago [y Joset] (“la otra María”). Marcos, por su parte, añade a Salomé. Juan únicamente nombra a María Magdalena, pero deja constancia en el relato de un “sabemos”, que hace pensar en un grupo de mujeres. María Magdalena, y quizá otras, habría comunicado a Pedro y al discípulo a quien Jesús amaba que el sepulcro está vacío y no saben dónde han puesto el cuerpo de Jesús (Jn 20,2).

La presencia de las mujeres en la tumba vacía tiene su razón de ser dada la importancia de los ritos de duelo en la antigüedad. Las mujeres se visibilizan en un tiempo y espacio adecuados para ellas. Llevan perfumes (Mc 16,1; Lc 24,1

y, como dice el Evangelio [apócrifo] de Pedro:

A la mañana del domingo, María la de Magdala, discípula del Señor –atemorizada a causa de los judíos, pues estaban rabiosos de ira, no había hecho en el sepulcro del Señor lo que solían hacer las mujeres por sus muertos queridos–, tomó a sus amigas consigo y fue al sepulcro en que había sido depositado. Mas temían no fueran a ser vistas por los judíos y decían: “Ya que no nos fue posible llorar y lamentarnos el día aquel en que fue crucificado, hagámoslo ahora por lo menos cabe su sepulcro. Pero ¿quién nos removerá la piedra echada a la puerta del sepulcro, de manera que, pudiendo entrar, nos sentemos junto a él y hagamos lo que es debido? Pues la piedra era muy grande y tenemos miedo no nos vaya a ver alguien. Y si [esto] no nos es posible, echemos al menos en la puerta lo que llevamos en memoria suya; lloremos y golpeémonos el pecho hasta que volvamos a nuestra casa” (EvPe XII,50-54).

En el origen de esta tradición podría estar una experiencia de revelación de las mujeres en la tumba de Jesús o en su entorno más inmediato, mientras hacían lamentación. Las mujeres habrían ido más de una vez a la tumba para la lamentación.

Allí fueron a hacer sus lamentos y, como era habitual, hicieron memoria en ellos de la vida entera del muerto, interpretándola desde el final que tuvo, y a la luz de la cate-

goría de mártir o justo perseguido. Al hacerlo, los acontecimientos vividos por Jesús cobraron un significado más profundo y auténtico. Lo realizado en la tumba era más que un asunto individual; constituía un acto de reivindicación de la persona y la vida del asesinado. Servía también de confirmación a sus seguidores en el camino de fidelidad al mensaje y al proyecto al que estaban llamados.

La característica dialógica, propia de los ritos de lamentación en la antigüedad, se transforma y elabora literaria y teológicamente en los relatos evangélicos, cuando las mujeres reciben la palabra de los seres angélicos (Mc, Mt, Lc) o del Resucitado (Mt). No se recogen sus palabras, pero en la versión de Juan quedan algunas señales en la escena con los ángeles (Jn 20,11) y en el diálogo con el Resucitado (Jn 20,7-18).

Pero, además, su acción anamnética fue transformada por la experiencia misma de revelación que acontece en las apariciones: el Crucificado ha resucitado. Las mujeres viven, por tanto, una experiencia reveladora que en sí misma niega la pertinencia de su acto de lamentación. La certeza de que Cristo vive las lleva a comunicarla a los demás discípulos. Son testigos de su Vida; pero, además,

sus lamentos transformados por esa experiencia reveladora y por el encuentro con el Resucitado bien pueden estar en el origen de la tradición sobre la Pascua, de la elaboración del *kerigma*. Su función no queda reducida a decir: "El Crucificado vive", con todo lo que ya esto supone, sino que, además, es probable que parte del contenido de sus lamentos y las narraciones de sus encuentros, transmitidos de manera oral, entraron a conformar las tradiciones sobre la pasión, muerte y resurrección de Jesús (Carmen Bernabé, Kathleen E. Corley). Su testimonio y elaboración oral, que adquirió forma textual en los evangelios, fueron considerados *cruciales* en la Iglesia primitiva, porque, además, habían sido enviadas por el mismo Señor a comunicar que había resucitado.

El ángel o ángeles (Mc 16,7; Mt 28,7) o el Resucitado (Mt 28,10) envían a las mujeres a comunicar que Cristo vive y que vayan a Galilea, donde lo verán, cosa que hacen, según Mt 28,8 y no según Mc 16,8, porque "tenían miedo". En Lucas no reciben el encargo, pero ellas lo comunican a los Once y a todos los demás (Lc 24,9). En Juan, María Magdalena, que está fuera del sepulcro llorando, después de que Pedro y el discípulo amado se fueran, recibe una cristofanía

(Jn 20,11-18) y es enviada a anunciar a los discípulos el encargo del Resucitado (Jn 20,17).

PALABRAS FINALES

Las sociedades actuales no son indiferentes al protagonismo femenino en la vida social, como tampoco lo son las comunidades cristianas. Hacer memoria de las mujeres en el movimiento de Jesús nos acerca a unas figuras con capacidad para alentar el caminar social y eclesial. Cada una de ellas brilla con luz propia y ninguna es igual a la otra. Su fuego sigue alumbrándonos: "Algunos fuegos [...] arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca se enciende" (Eduardo Galeano).



BIBLIOGRAFÍA

- > **R. BAUCKHAM**, *Gospel Women. Studies of the Named Women in the Gospels*, T&T Clark, Londres-Nueva York 2002.
- > **C. BERNABÉ UBIETA**, "Duelo y género en los relatos de la visita a la tumba", en **C. BERNABÉ / C. GIL (eds.)**, *Reimaginando los orígenes del cristianismo. Homenaje a Rafael Aguirre en su 65º cumpleaños*, Verbo Divino, Estella 2008, pp. 307-352.
- > **E. ESTÉVEZ LÓPEZ**, *Qué se sabe de... Las mujeres en los orígenes del cristianismo*, Verbo Divino, Estella 2012.

La presencia de las mujeres en la tumba vacía tiene su razón de ser dada la importancia de los ritos de duelo en la antigüedad. Las mujeres se visibilizan en un tiempo y espacio adecuados para ellas